

# El poema: su lectura como *Lichtung*

The poem: its lecture as *Lichtung*

Sergio LORENTE MARTÍNEZ

Universidad Complutense de Madrid

*txentxo99@yahoo.es*

Recibido: 15/09/2011

Aprobado: 20/12/2011

## Resumen

En este trabajo trato de mostrar desde el pensamiento de Heidegger que el poema es el lugar para el acontecer del ser. Para ello argumento en primer lugar que el poema no es una sustancia sino que consiste solo en su lectura y/o recitación. Después hago ver el carácter multívoco de la palabra poética para explicar desde ahí que el poema se lee desde una determinada situación hermenéutica y cómo gracias al lenguaje puede repercutir sobre ella. Con ello se abriría la posibilidad de un cambio de comprensión de ser.

*Palabras clave:* poema, lectura, situación hermenéutica, multivocidad

## Abstract

In this paper I try to show, parting from Heidegger's thought, that the poem is the place for the event of being to occur. At first I argue that the poem is not a substance, but that it consists only of its reading or recitation. Afterwards I show the multivocal character of the poetic word in order to explain from there that the poem is always read from a particular hermeneutic situation and how the poem can have through language an effect on this situation. This would open the possibility for a change of the understanding of being.

*Keywords:* poem, reading, hermeneutic situation, multivocality.

El propósito de las páginas que siguen es explicar que en la lectura del poema acontece ser. Siempre que este acontecimiento tiene lugar, lo hace instituyendo un *Dasein*, con esta palabra se nombra tan solo la comprensión del ser. Constantemente estamos ya en una comprensión pre-ontológica de término medio, pero esta interpretación estándar está sumergida en el olvido del ser y bloquea nuestra relación con su acontecimiento. En otras palabras, no es raro que el ser acontezca, sino que los seres humanos nos apercibamos de ello. Para lograrlo es necesario cierto entrenamiento, ciertas condiciones; tenemos que aprender a ver<sup>1</sup> y situar las cosas a una luz diferente, fuera de lo acostumbrado<sup>2</sup>.

Propiamente hablando no hay algo así como *el* acontecer, sino que más bien –aunque suene simple y redundante– acontece ser cuándo cómo y dónde sea. El lugar donde acontece no está prefijado de antemano, pero sí es concreto porque es el propio poema. Ahora bien no debemos entender este como portador de una cualidad especial, porque este planteamiento conduce a una serie de complicadas preguntas como: ¿en qué poemas y/o poetas acontece ser?, ¿por qué en unos sí y en otros no?, ¿qué rasgo tienen en común los poemas en los que sí?, ¿está ese rasgo en otros lugares o es exclusivo de la poesía?, ¿es tal rasgo –en el caso de que lo haya y lo podamos localizar– anterior al acontecimiento del ser y por tanto –condición para el mismo, o más bien posterior a él y por tanto consecuencia suya?, etc. Acaso ese supuesto rasgo no consista más que en un cierto estilo o tipo de lectura. Cuando se busca una cualidad distintiva del poema gracias a la cual en él acontezca ser no se tiene en cuenta que el poema solo existe en su lectura. Parece darse por sentado que existe en sí y por sí y que tiene unas cualidades identificables, como por ejemplo, ser lugar para el acontecer. Seguramente la antigua ontología aristotélica está operativa detrás de este planteamiento. Sin embargo, y frente a ella, es sabido desde *Ser y tiempo* que para que un ente, por ejemplo un poema, comparezca, es necesario que esté abierto ya un mundo. El modo en que tiene lugar dicha apertura está determinado por la situación hermenéutica del *Dasein*<sup>4</sup>, en la cual intervienen varios factores, entre otros, su disposición afectiva. Ella abre un abanico de posibilidades en las que el *Dasein* habrá de proyectarse, lo que significa que ella condiciona la anchura de la comprensión e interpretación de lo ente en cada caso.

La idea de que un poema existe en sí y por sí equivale a decir que existe independientemente de nosotros, lo cual es obviamente absurdo<sup>5</sup>. En vez de eso ocurre que un poema solo existe en su lectura y/o en su recitación, lo que indica que un poema es cada vez su realización. En ello reside la esencia, la raíz y la razón de su multivocidad. Mientras se lee un poema, aunque se trate cada vez del mismo poema, este es sin embargo diferente en cada realización, porque cada una es irrepetible. Por eso los poemas no nos parecen los mismos cada vez que los leemos. Pues la mismidad es una propiedad de la sustancia (en la medida en que esta es invariable en su esencia e idéntica a

1 Rilke, Rainer María, *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, Madrid, Alianza, 1997, p. 9.

2 Cfr. la interpretación que hace Heidegger de la anécdota sobre Heráclito en su “Carta sobre el «humanismo»”, en *Hitos*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 289-291 (GA 9, 355-357) Doy las referencias de Heidegger siguiendo las ediciones en español siempre que las hay. Sin embargo, doy además entre paréntesis la referencia a las obras completas (*Gesamtausgabe*, en adelante GA) seguido del número del volumen y página correspondientes porque esta es la forma habitual de citar a este autor y porque facilita enormemente la localización de los pasajes tratados.

3 Es notable el aire platónico de esta pregunta, recuerda a aquella que le hace Sócrates a Menón por la forma de la virtud cuando este pone un enjambre de ejemplos de virtudes (*Menón*, 72 a-c). Aquí se preguntaría por la forma de aquellos poemas en los que acontece ser.

4 Una explicación clara y sintética de este concepto se encuentra en el artículo de Cristina Lafont, “Hermeneutics”, en *A companion to Heidegger*, Hubert L. Dreyfus y Mark A. Wrathall (eds.), Oxford, Malden (Mass.), Melbourne, Blackwell, 2005, pp. 265-284, 277.

5 Que algo exista al margen del *Dasein* es absurdo porque significa que algo existe al margen de la existencia, que ha lugar a algo (algo existe), pero que ha lugar fuera de lugar: ¿cómo puede haber lugar fuera de lugar? Simplemente es imposible. Dicho de otro modo, para poder afirmar con algún fundamento que algo existe hemos de tener un dato. Si nosotros, que somos los que recibimos el dato, no existiéramos, entonces ni habría afirmación, ni afirmante, ni fundamento para la afirmación, y acaso tampoco nada que afirmar.

sí misma<sup>6</sup>), pero hablar de sustancias es, como se acaba de insinuar, entrar en una determinada –y, por cierto, muy acreditada– interpretación ontológica de las cosas que no resulta apropiada para entender el poema como su lectura. El poema no es una sustancia, y lo que trato de explicar es que si él es o no lugar para el acontecer del ser (*Lichtung*), eso dependerá de cómo sea leído. Ahora bien, una lectura no es una sustancia, sino un comportamiento del *Dasein*, y, como tal, estará anímicamente templado. Un temple diferente determina una lectura diferente y por tanto una realización diferente del poema. Esto explicaría que un determinado poema sea en un caso lugar para el acontecer y no lo sea en otros. Que lo sea en una ocasión no implica que haya de serlo siempre.

No obstante, es necesario reconocer que el poema no es cada vez cualquier cosa, no es algo voluble y etéreo que se lleva el viento. Podemos admitir, así lo enseña la experiencia cotidiana y el sano sentido común, que un poema son determinadas palabras puestas de determinado modo, es decir, una configuración, una obra. Encontrar siempre esas palabras puestas así nos permite hablar del mismo poema. Esta, me parece, es la cuota de mismidad que hay que conceder a la vieja ontología. Pero lo que el poema nos diga, lo que él sea, depende de cómo lo leamos. La obra no es unívoca sino multívoca, admite, como se ha señalado, varias realizaciones o lecturas.

La idea de que el poema no existe más allá de su lectura y/o recitación, puede mostrarse mediante la siguiente experiencia. Si entramos en casa de alguien que tiene muchos libros de poesía y le decimos algo así como “¡Cuántos poemas hay en tu casa!” seguramente se quedará extrañado. Igualmente en una librería, en la sección de poesía, no diríamos “¡cuántos poemas hay ahí!”, sino que acaso exclamaríamos simplemente “¡cuántos libros!” Si pidiésemos a una persona que describiese la librería probablemente diría que hay estanterías con libros, no con poemas. Bien es cierto que podría decirse “¡Cuántos poemas hay!” y que eso tendría sentido, pero solo después de ciertas conversaciones o aclaraciones, no de entrada y sin más. Al visitar la casa de alguien o al entrar en una librería, ya hemos abierto el mundo dentro del cual los libros pueden comparecer como libros, etc. Ahora bien, para que el poema pueda comparecer como tal, no basta con entrar a la librería, es necesario además poder leerlo y disponerse a ello. Así lo sugiere el siguiente ejemplo: si a mí me dan un libro de poemas en chino y no me dicen que se trata de un libro de poemas, dado que yo no sé chino, no podré desplegar el mundo necesario para que comparezca un poema por más que abra el libro en cuestión. Esas dos condiciones lo impiden, limitan mi situación hermenéutica. Incluso me costaría averiguar si es chino o japonés o coreano.

Recuerdo a propósito de esto que Adso de Melk, en la novela *El nombre de la rosa*, no reconoce la escritura árabe la primera vez que la ve, y la describe a su maestro, Guillermo de Baskerville, como “gusanillos, serpientes, cagaditas de mosca”. Imaginemos que Adso hubiese abierto por ventura un libro de poemas. Es evidente que allí ante él no habría sin embargo poemas sino gusanillos, serpientes y cagaditas de mosca. Y esto porque Adso no podría abrir la posibilidad de leerlos (no la mera posibilidad lógica, sino la suya existensiva). Afirmar que en un libro de poemas hay poemas es posible porque ya se ha abierto todo el mundo necesario para que el poema comparezca como tal. Para Adso el poema no comparece ni es reconocible como tal, sino que lo hace como cagadita de mosca. La posibilidad de su lectura no puede ser desplegada por él porque está fuera de su comprensión y de su situación hermenéutica. Vemos ahora que el poema, entendido como su lectura, es siempre una posibilidad; una tal que ha de ser desplegada y realizada desde y por la situación hermenéutica, es decir, en la que nuestro *Dasein* ha de poder proyectarse, implicarse, y comprometerse.

Con estos ejemplos lo que trato de hacer ver es que el poema no está ahí delante (*Vorhanden*) en sí y por sí, para que una vez encontrado lo leamos (*Zuhanden*), sino que está en nuestro mundo porque lo leamos. De un modo similar a como el útil (*Zeug*) tiene su esencia en su uso, y compa-

6 Cfr. Segura Peraita, Carmen, *Heidegger y la metafísica. Análisis críticos*, Madrid, Publidisa, 2007, pp. 162-163.

rece en el mundo como ente intramundano en el modo de la *Zuhandenheit*; así también el poema tiene su esencia en su lectura, y mientras lo leo comparece en dicho modo. El martillo es martillar y el poema es leerlo. El martillo comparecerá en el modo de la *Vorhandenheit* solo cuando algo impida su uso, así también el poema aparecerá como *Vorhandenheit* solo cuando no lo pueda leer o realizar. Mas entonces ya no comparece como poema, sino como texto en chino, por ejemplo, o como cagadita de mosca, etc.

La comparecencia de un ente tiene a sus espaldas la pregunta siempre ya resuelta –la decisión siempre ya tomada– de como qué o en calidad de qué comparece ese ente<sup>7</sup>. Esa pregunta viene cada vez respondida desde la situación hermenéutica. En el ejemplo de Adso el poema no comparecía como tal sino como cagada de mosca. Pues bien, esta decisión que la situación hermenéutica realiza acerca de lo ente es análoga a la que se lleva a cabo en la lectura de un poema. Este transmite su multivocidad a lo ente dicho en él, y así abre sobre lo ente aquella pregunta. Cada realización del poema es entonces una interpretación que siempre ya habrá respondido que el ente comparece “como esto y como aquello”. Mediante su lectura el poema nos pone ante la decisión de qué sea el ente. Ahora bien, este no podrá ser cualquier cosa, sino aquello que el poema permita, aquellas posibilidades que le abra la multivocidad de su palabra. Que sea así testimonia la finitud. Las palabras del estilo “todo”, “siempre”, etc. cuadran mal con la condición humana finita, y la palabra “cualquier” es de ese estilo, porque significa tanto como indeterminado y la indeterminación habla contra la facticidad humana. El *Dasein* nunca es cualquier cosa porque siempre está ya posicionado, arrojado.

Hay que puntualizar que, si bien cada realización del poema responde que el ente comparece como esto y como aquello, sin embargo en un poema no está decidido qué sea el ente. Esa decisión no está en las palabras del poema, sino que recae sobre el lector, quien es urgido a decidir por aquellas palabras entre varias posibilidades interpretativas. No son pues las palabras las que deciden, sino que ellas urgen a decidir. Ahora bien, esa decisión no es una deliberación ni una especulación, pues en tal caso ya no habría poema; sino que el *Dasein* se decanta él mismo en una posibilidad y proyecta ahí su ser posible, la realiza, la existe (si no lo hace así, entonces propiamente ni ha leído ni hay poema). Tanto la decisión como las posibilidades dependen ya de la situación hermenéutica de cada *Dasein* que lea, nos encontramos ya habiendo elegido, ya en una interpretación desde la que leemos. Pero nuestra lectura puede a su vez repercutir sobre el punto de partida, como se explicará en lo que sigue.

Cada realización es una interpretación del poema en el mismo sentido en que lo es la interpretación de una pieza musical. La lectura hace sonar el poema como el músico la partitura. Como el poema es su realización, él mismo es tiempo transcurriendo. Además el poema admite múltiples interpretaciones no solo por parte del lector, sino, en el caso de una recitación, por parte de los oyentes que acompañan al poema –es decir, lo realizan– y a su manera lo comprenden. En tercer lugar no solo es multívoco para quien lo lee y lo oye, sino además para los lectores (y oyentes) posteriores. Tal vez quienes vengan detrás de nosotros vean en las mismas palabras otras cosas. Una cuarta vertiente de esta multivocidad, vinculada con esta última, proviene de la situación hermenéutica. Puesto que de ella depende la comprensión e interpretación de un poema, una modificación de aquella supondría cambios en estas. Así pues el poema es cada vez otro, siendo siempre el mismo (las mismas palabras puestas así), y este “cada vez” se refiere simultáneamente al lector, al oyente, a la interpretación, y a la situación hermenéutica.

---

<sup>7</sup> Según Heidegger “Este decir es un proyecto del claro, donde se dice en calidad de qué accede lo ente a lo abierto”. Cfr. “El origen de la obra de arte”, en *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza, 2003, p. 53 (GA 5, 61)

Como dije antes, reconocemos un poema porque este consiste en determinadas palabras puestas de determinado modo. Decía Mallarmé –y esta idea es fundamental– que un poema no está hecho de pensamientos, sino de palabras<sup>8</sup>. Reconocemos una filosofía por sus ideas, sus pensamientos, planteamientos, argumentos, etc. Podemos exponerlos con otras palabras diferentes a las del pensador que las defendió. Dejamos atrás esas palabras para emplear nuestro propio lenguaje. Ahora bien, esto no puede hacerse con el poema, es decir, no puedo explicarle el poema a otro con mis propias palabras, tiene que leerlo. El poema por ser realización es tiempo multívoco y además hecho solo de palabras. Estas no se quedan atrás en favor de aquello que dicen, sea una idea o sentimiento, sino que quedan, son<sup>9</sup>. La interpretación no es remitida fuera de las palabras hacia la cosa mentada en ellas como sucede por ejemplo en un artículo de periódico o en una carta; sino que queda atrapada en el poema, de tal modo que este nos conmina a demorarnos en él. Cuando digo que la palabra del poema no se puede dejar atrás no me refiero a que sea eterna en el sentido de que vaya a durar para siempre, sino que tan solo aludo que la palabra poética no tiene carácter referencial, no remite a otra cosas sino tan solo a sí misma. Nos detenemos en su palabra, volvemos a ella una y otra vez<sup>10</sup>. Se tardan apenas dos minutos en leer un poema, y sin embargo uno puede demorarse en él toda la vida. Esta última observación permite conjeturar que el poema despliega su propia temporalidad, la cual nada tiene que ver con el paso de los minutos.

He señalado que el poema es posibilidad, y también que es un comportamiento; dado que ahora insisto en que está hecho de palabras, cabría preguntarse si las posibilidades y los comportamientos también lo están. El sentido común querría, precipitándose, responder que no, y sin embargo a esto hay que responder afirmativamente. Pero antes de aclarar este asunto y con vistas a ello, conviene hacer algunas observaciones.

Volvamos a la analogía entre el martillo y el poema. Es evidente que hay una diferencia entre ambos, a saber, que el primero está engarzado en relaciones para... y el segundo no. Siendo ente intramundano, el poema no es un útil. Según Heidegger “[el martillo] está en respectividad con el martillar, el martillar lo está con el clavar y consolidar, este lo está con la protección contra el mal tiempo; y esta última “es” por mor del *Dasein* que necesita protección, es decir, por mor de una posibilidad de su ser”<sup>11</sup>. El sentido de un útil es pues su condición respectiva (*Bewandtnis*) Pero ¿puede decirse lo mismo del poema? ¿O acaso aunque el poema no sea para... también es, no obstante, por mor de una posibilidad de ser del *Dasein*? ¿No es evidente que el poema está –parafraseando a Heidegger– en respectividad con el poetizar? ¿Y el poetizar, por mor de qué es?

Según el estado interpretativo público en el que todo *Dasein* ya siempre se encuentra, el poema sirve para expresar los sentimientos de quien lo escribe o lo lee. Pero considerada así, la palabra poética es tomada referencialmente: remitiría a esos sentimientos, los cuales podrían expresarse con cualesquiera otras palabras, quedando el poema reducido a algo accesorio, decorativo y superfluo, a un mero medio de expresión. Frente a la comprensión del lenguaje como herramienta de expresión y comunicación, cabe oponer la siguiente observación: una herramienta se puede tomar y dejar a voluntad, pero eso nunca ocurre con el lenguaje. Pues bien, si el lenguaje en general no puede comprenderse como una herramienta menos aún lo será el poema. Si eventualmente un poema cumple cierta función expresiva, ello no agota su esencia, sino que es tan solo uno de sus cumplimientos posibles. Desde luego el poema da palabras al que no las tiene o no las encuentra, pero no porque exprese los sentimientos de un alma interior, sino porque le abre una posibilidad existencial a un *Dasein* humano. Articula su cuidado.

8 Cfr. Szondi, Peter, *Estudios sobre Hölderlin*, Madrid, Destino, 1992, p. 52

9 Gadamer, Hans-George, “Poetizar e interpretar”, en *Estética y hermenéutica*, Madrid, Alianza-tecnos, 2006, p. 77.

10 Gadamer, Hans-George, “Texto e interpretación”, en *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 2004, p. 344

11 Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2003, p. 110. (GA 2, 84).

Tal y como se explica en *Ser y tiempo*, el lenguaje es la articulación de la comprensibilidad y es existencialmente cooriginario con el comprender y la disposición afectiva<sup>12</sup>. Por tanto, en la medida en que articula estos dos existenciaros, contribuye al tejido y conjugación de los éxtasis temporales y de los momentos constitutivos del cuidado que se corresponden con ellos (la disposición afectiva con el pasado, la comprensión con el futuro, y el discurso con el presente, que por lo general está en estado de caída, por tanto con la habladería). El lenguaje articula el cuidado. Del mismo modo que los patrones de una prenda están cosidos mediante un hilo que los mantiene unidos, y constituye la prenda como lo que ella sea, camisa, jersey, o pantalón, así también el lenguaje mantiene reunidos los existenciaros y la realidad, constituyéndola. Ahora se entiende mejor que las posibilidades y los comportamientos del *Dasein* como se dijo antes estén efectivamente hechos de palabras, ya que el lenguaje los abre, articulándolos, los sostiene, y los configura en su realización: los cose.

Este carácter articulador del lenguaje arroja luz sobre la repercusión que el poema puede tener sobre la situación hermenéutica. Dicha repercusión no consiste en que una palabra a tiempo (por ejemplo la de un amigo) pueda cambiarnos la vida. En este caso la palabra del amigo sería abandonada en favor de la idea que nos transmite, la cual podría decirse con otras palabras cualesquiera. Pero en el poema no se trata de sentimientos ni de ideas, sino solo de palabras (nada menos), no pueden emplearse otras, lo que ellas digan dependerá de nuestra lectura. Se trata entonces de lo que mueve y urge a una interpretación y la posibilita: lo multívoco de esas palabras, las del poema. Pero lo que esas palabras (nos) digan puede trazar otra costura en la articulación de nuestra comprensión ya que el poema entraña una decisión y por ello *podría* incidir en la articulación del cuidado y repercutir, como se dijo, sobre la situación hermenéutica, pues el poema es un hilo que demanda una determinación de las costuras de nuestro *Dasein*. Ahora bien, la repercusión que un poema pueda tener sobre la situación hermenéutica de su lector nunca es calculable ni repetible, ya que la situación hermenéutica es radicalmente histórica.

Dado que *Dasein* nombra la comprensión de ser y dado que esta está articulada lingüísticamente, no será difícil entender que el modo en que acontezca ser será indefectiblemente lingüístico. En efecto, no hay lenguaje al margen del *Dasein*, tampoco hay comprensión de ser al margen del *Dasein*, de modo que lenguaje y comprensión van siempre juntos. No otra cosa quieren decir las conocidas frases de Heidegger: “el lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre”<sup>13</sup>. Podría parecer que aquí hay una confusión entre el lenguaje como articulación constitutiva del *Dasein*, idea que aparece en *Ser y tiempo* (1927); y el lenguaje como casa del ser, idea propia de un Heidegger posterior, en torno a la “Carta sobre el «humanismo»” (1946). Sin embargo considero que estas ideas no son tan distintas como para tener que mantenerlas separadas tajantemente ya que en vez de excluirse se apoyan mutuamente. Solo porque el lenguaje es constitutivo del *Dasein* puede este habitar la casa del ser y tener noticia de su acontecer.

Pues bien, nuestra experiencia corriente de cada día nos enseña que un poema no nos sale al encuentro espontáneamente, sino que es algo que hay que ir a buscar. Todo el mundo reconoce entonces que cuando se trata de poesía no se trata de lo de siempre, sino que ahí sucede algo extraordinario donde nuestra existencia podría quedar colocada a otra luz. Ello sugiere que el poema es un lugar propicio para apercibirse del acontecer del ser. En apoyo de esta idea se ha mostrado que el poema es solo palabra y que el ser acontece lingüísticamente. También se ha señalado que el poema es multívoco, y que transmite ese carácter a lo ente dicho en él. La multivocidad es la clave gracias a la cual en el poema acontece ser, ya que en él se ve que una cosa no es solo y siempre una

12 Ibid., p. 184 (GA 2, 161)

13 Heidegger, Martin, *Hitos*, op. cit. p. 259 (GA 9, 313).

y misma cosa, sino que puede ser muchas, se ve que es posibilidad. Abrir lo ente como posibilidad es justamente la virtud del poema y por eso en él acontece ser, es decir, comparece lo ente alentado por “la callada fuerza de lo posible”<sup>14</sup>.

El acontecer del ser en el poema no parece por tanto ser otra cosa más que la donación y preservación de posibilidad que el poema efectúa en lo ente al llevarle (devolverle) lo multívoco de la (su) palabra. Si el lenguaje es la casa del ser, el poema sería el anfitrión que allí recibe y hospeda a las cosas mismas, las acoge y las deja ser, lo que significa que les dona posibilidad en vez de imponerles realidad o pretenderles univocidad. Igual que un amigo no nos impone lo que debemos ser, sino que nos quiere como somos y nos ayuda a llegar a ser el que somos, vela por nuestra posibilidad y por nuestra libertad; así también el poema, cuando lleva a lo ente a la palabra, lo lleva a lo multívoco. Por ello, en el poema acontece ser.

Pero no solo eso, el poema, en la medida en que su palabra no es dejada atrás, implica un determinado modo de acceso al ente, porque entraña una articulación de la situación hermenéutica y puede además reobrar sobre ella mostrando el ente a otra luz. La vieja idea de recto modo de acceso queda evidentemente matizada por la multivocidad del poema y por la variabilidad de lo ente en correlación con la situación hermenéutica en la que comparezca. El poema dice lo ente, y lo lleva a la luz multicolor extraña y extraordinaria de lo multívoco (frente a la luz, generalmente blanca, de lo unívoco, claro, distinto), de modo que no hay un único modo de acceso que sea el recto y definitivo, sino que puede haber varios que sean correctos. Pero al leer un poema, se accede a lo dicho en él, se lo comprende, gracias a esas palabras; ellas son pues un acceso a su multivocidad, a la decisión que gravita sobre él. La multivocidad le viene al poema de sus diferentes realizaciones desde situaciones hermenéuticas distintas. Esa decisión y multivocidad son testimonios de nuestra libertad, de nuestro ser, que no es sino poder-ser.

A partir de lo que se ha ido explicando en los epígrafes precedentes, estamos ahora en condiciones de avanzar hacia la dilucidación de aquello por mor de lo cual “es” un poema, e ir concluyendo. Según nos dice Heidegger en la “Carta sobre el «humanismo»”, la ex-sistencia del *Dasein* no es otra cosa más que estar en el claro del ser<sup>15</sup>. Pues bien, en la lectura de un poema, si esta es del estilo que se ha dejado ver en estas páginas, el hombre queda entregado al poema y existe en él demorándose en su palabra, es decir, está más en el claro del ser que nunca, y se mantiene en él por la palabra. Es pues durante la lectura cuando el *Dasein* propiamente existe. Recordando los versos de Hölderlin que tanto gustaba de citar Heidegger, “lleno de méritos, mas poéticamente, habita/ el hombre sobre esta tierra”, diremos que en esa clase de lectura el hombre habita poéticamente, justo un paso antes (un paso atrás) de todos los méritos de los que está lleno. En esa lectura participa de la decisión (pero no la domina) de si tal o cual ente es o no, y qué es y cómo es y cuándo es. El poema está, como se dijo, en respectividad con el poetizar y este es por mor de una posibilidad del *Dasein*. Ahora vemos que se trata justamente de la posibilidad de su ser, es decir, de su misma ex-sistencia, de estar y mantenerse en el claro, de preservarlo en y mediante la palabra poética. En el poema el *Dasein* escucha y dice la palabra que sostiene y envuelve a lo ente; pues poetizar no es más que encontrar (escuchar) aquella palabra multívoca que recoja y diga las incontables caras de lo ente, es decir, que lo nombre en su posibilidad.

En este punto podría presentarse –interrumpiendo la marcha– una grave objeción, a saber: que en este escrito hay una confusión ontológica acerca de si el poema es un ente intramundano o si es más bien el claro donde lo ente comparece. Aquí se ha comparado abiertamente al poema con un martillo, asumiendo que ambos son entes intramundanos. Además hemos mencionado el carácter de obra del poema, se ha dicho que es una configuración de palabras, y que es algo que nos encontramos en nuestro mundo, y que su solo encuentro ya nos sitúa fuera de lo habitual. También

14 Ibid., p. 262 (GA 9, 317).

15 Ibid., p. 268 (GA 9, 325).

se ha sostenido que un poema no es una sustancia, sino su lectura, o sea, un comportamiento. ¿Y acaso los comportamientos son entes? Por sorprendente que parezca, hay que responder que sí. Al comienzo de *Ser y tiempo*, Heidegger dice que ente es cualquier cosa de la que hablamos, aquello con respecto a lo cual nos comportamos de esta o aquella manera, y también lo que somos y como lo somos<sup>16</sup>. Parece por tanto que el poema es efectivamente un ente, lo que parece impedir que pueda ser al mismo tiempo el claro del ser.

Sin embargo, para sortear y responder a esta seria objeción hay que recordar un apunte que hace el propio Heidegger en “El origen de la obra de arte”. Allí dice que el claro necesita siempre de un ente en el que afianzarse, en el que la apertura gane su firmeza y estabilidad<sup>17</sup>. Lo que aquí sostengo, y con ello debería quedar despejada la objeción, es que el poema es justamente el ente en el que el claro gana su firmeza cuando es leído de cierta manera. Esa lectura hace justicia al carácter ontológico del poema que es obstruido y ocultado por la interpretación estándar. El poema, cuando ya no se lo considera como expresión de los sentimientos de su autor, puede ser leído como la urgencia de una decisión sobre lo que ahí se dice. Allí hay nada menos que un inicio, pues al margen de la interpretación corriente, se decide, se interroga, si hay y qué hay y cómo y cuándo lo hay y qué significa “hay”; y esa decisión discurre por el cauce de la palabra poética y escapa a todo posible dominio o control epistemológico-moderno. Se abre la apertura donde el ser toma su medida, donde se funda el ser de lo ente; y esa apertura está, por así decir, ceñida a un ente, al poema. La idea de que el claro necesita de un ente en el que afianzarse, unida a la concepción del poema como su lectura, sugiere que la palabra del poema es ella misma, mientras es leída, el claro donde todo queda comprometido<sup>18</sup>. Todo: *Dasein*, mundo, situación hermenéutica, todo queda concernido en cuanto a su sentido, el cual, durante un instante (temporalidad auténtica) está por ver, y según lo que allá se decida, estará visto así o asá. Se trata pues de un inicio ontológico donde se decide acerca de la comprensión del ser.

Pudiera dar la impresión de que la sola y simple lectura de un poema produjese *ipso facto* un nuevo inicio ontológico donde el ser de lo ente brillara de nuevo confirmándose o recusándose, como si la tal lectura bastase para hacer del ser humano el perfecto pastor del ser. Es evidente que las cosas no son tan simples. Conviene recordar que la interpretación estándar del “se” impersonal nos envuelve siempre. Es imposible salirse de ella, es imposible estar resuelto en todos los ámbitos. Un *Dasein* puede alcanzar el estado de resuelto en su existencia en cuanto a este o aquel aspecto, pero no en todos a la vez y para siempre. Además nadie puede decir hasta qué punto alguien está resuelto<sup>19</sup>. Pues bien, teniendo en cuenta estas observaciones resultará más claro que la apertura que acontece en el poema en primer lugar requiere una lectura particular que lleva detrás una serie de difíciles preparativos relacionados con la anchura y los ingredientes de la situación hermenéutica; que además dicha lectura no es calculable ni repetible y que es diferente cada vez; que durará lo que dure el poema y que sus consecuencias pueden ser desde tremendas hasta inexistentes; que cuando acabe la lectura del poema, si no ha habido decisión, ni consecuencias, ni nada, estaremos de nuevo en la interpretación estándar, de la que presumible y lamentablemente nunca habríamos salido. Y todo porque esa lectura es como una mella en los férreos raíles de la metafísica cuyo tren con toda probabilidad pasará por ella como si nada, pero que tal vez, solo tal vez, podría hacerla descarrilar. Se trata por tanto de la posibilidad de un cambio, pero si el cambio es de calado ontológico entonces no se trata nunca –piensa Heidegger– de una mera variación, sino

16 Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, op. cit. p. 30 (GA 2, 6-7).

17 Heidegger, Martin, *Caminos de bosque*, op. cit. p. 44 (GA 5, 49).

18 Cfr. Heidegger, Martin, *Los himnos de Hölderlin “Germania” y “El Rin”*, Buenos Aires, Biblos, 2010, p. 190 (GA 39, 215)

19 Heidegger, Martin, *Logik als die Frage nach der Wesen der Sprache*, Gesamtausgabe 38, Frankfurt am Main, Klostermann, 1998, p. 58 y 63-64.

de un nuevo inicio que –en palabras de Hölderlin– podría hacer que cambie todo en todas partes<sup>20</sup>. Me gustaría concluir aquí estas reflexiones sobre el acontecer del ser en el poema citando unos versos de José Ángel Valente que encuentro especialmente acertados. Se encuentran en el poema “no inútilmente”<sup>21</sup> y dicen así:

[...] Te respondo  
que todavía no sabemos  
hasta cuándo o hasta dónde  
puede llegar una palabra,  
quién la recogerá ni de qué boca  
con suficiente fe  
para darle su forma verdadera.

Haber llevado el fuego un solo instante  
razón nos da de la esperanza.

Pues más allá de nuestro sueño  
las palabras, que no nos pertenecen,  
se asocian como nubes  
que un día el viento precipita  
sobre la tierra  
para cambiar, no inútilmente, el mundo.

## Bibliografía

- Gadamer, H.-G., “Poetizar e interpretar”, en *Estética y hermenéutica*, Madrid, Alianza-tecnos, 2006.
- , “Texto e interpretación”, en *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 2004.
- Heidegger, M., “El origen de la obra de arte”, en *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza, 2003.
- , “Carta sobre el «humanismo»”, en *Hitos*, Madrid, Alianza, 2001,
- , *Logik als die Frage nach der Wesen der Sprache*, Gesamtausgabe 38, Frankfurt am Main, Klostermann, 1998.
- , *Los himnos de Hölderlin “Germania” y “El Rin”*, Buenos Aires, Biblos, 2010.
- , *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2003.
- Hölderlin, Friedrich, *Hiperión*, Madrid, Hiperión, 1988.
- Lafont, C., “Hermeneutics”, en *A companion to Heidegger*, Hubert L. Dreyfus y Mark A. Wrathall (eds.), Oxford, Malden (Mass.), Melborune, Blackwell, 2005.
- Rilke, Rainer María, *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, Madrid, Alianza, 1997
- Segura Peraita, Carmen, *Heidegger y la metafísica. Análisis críticos*, Madrid, Publidisa, 2007.
- Szondi, Peter, *Estudios sobre Hölderlin*, Madrid, Destino, 1992.
- Valente, José Ángel, *Obra Poética I Punto cero (1953-1976)*, Madrid, Alianza, 2001.

---

20 Hölderlin, Friedrich, *Hiperión*, Madrid, Hiperión, 1988, p. 125

21 Valente, José Ángel, *Obra Poética I Punto cero (1953-1976)*, Madrid, Alianza, 2001, p. 258.